

PALMAS Y PALMERAS

Me cuentan, leo, además, en los periódicos, que una de las plazas más centricas de Torrijos, actualmente en remodelación y esperando el toque final del ornato previsto, va a lucir, -quizá cuando estas líneas vean la luz ya estén plantadas-, catorce palmeras. La noticia me ha interesado porque, si bajo el punto de vista urbanístico me parece un acierto todo lo que sea reverdecer los espacios áridos próximos al asfalto y al cemento, bajo otro punto de vista, el simbólico o, si queréis, el lírico, creo que bien se merece este comentario. Bato palmas, aplaudo cordialmente, la anunciada plantación.

El folleto en el que aparece el programa de las Fiestas de la Sementera de Torrijos tiene, entre otras peculiaridades dignas de tenerse en cuenta, -participación de firmas conocidas en el mundo de la literatura, formato originalísimo, selección de ilustraciones, cuidada impresión, etc. etc., la de dejar constancia de los hechos más notables ocurridos no ya en un pasado que pertenece a la historia, sino de lo acaecido de un año a otro, es decir, de las Ferias y Fiestas del año anterior a las del presente. Quede, pues, en esa ritual constancia, en esa función cuasi notarial de un "programa" que da fe de lo ocurrido, la plantación del breve, pero curioso, palmeral en una plaza pública.

Pero es que, por otra parte, la palmera, siempre tan grácil, tan esbelta, tan acariadora del aire, tan penacho del cielo, representa un afán ascensional. Su verticalidad sin concesiones la levanta por encima de los cotidianos niveles por lo general monótonos, necesarios, desde luego, pero, al fin y al cabo, siempre más cerca del suelo que de las nubes.

Asociamos la palmera con la imagen, sin duda tópica amén de típica, del oasis. Un verde espacio acogedor donde el agua,

la sombra de las palmas, la tranquilidad ambiental, propician el descanso y garantizan placidez al viajero. Quizá eso sea -entre otras cosas-, esta villa de Torrijos ofreciendo al que llega hasta sus puertas, -sólo nombre ya, sólo memoria-, de Toledo o de Maqueda, lugares cómodos para el descanso, para reponer o restaurar fuerzas, para el ocio y la diversión también.

Bueno es que los pueblos crezcan. Que ensanchen su contorno o que, -¡qué le vamos a hacer!-, lo hagan hacia arriba, pero es sin duda mejor que ese crecimiento, si ha de ser vertical, vaya acompañado de otras verticalidades. Torrijos ha tenido desde siglos la máxima altura, -material, espiritual-, en la torre esbelta y al mismo tiempo firme y majestuosa de su Colegiata a la que el poeta llamó "soneto de sí misma". Otro verde soneto puede ahora escribirse en la plaza que se va a ajardinar. Catorce palmeras, -perdón, catorce endecasílabos vegetales- van a dar vida a un poema, si breve, entrañable. Un soneto más que añadir a la lírica belleza de una población.

"Si la palmera pudiera...", que escribió Gerardo Diego en uno de sus más enternecedores poemas, si pudiera, o supiera, volver a sentirse niña "como cuando era una niña con cintura de pulsera...". No ha podido escogerse mejor el motivo ornamental. Palmeras mediterráneas, flexibles, que evocan solo con su presencia muchas y hermosas y pacíficas cosas agradables.

Ojalá las vaya bien la tierra y el aire de la querida y admirada villa toledana. Unas palmeras es lo que estaban haciendo falta para acabar de ser ese oasis del que hablábamos antes en medio de la aridez geográfica, - y de otras arideces-, en las tierras secas de Castilla-La Mancha.

RAFAEL FERNANDEZ POMBO